

colección rúbrica



MARIETA ALONSO MÁS

LA HUELLA DE LOS ADIOSES

esstudio  
ediciones

## Mapa de la isla



*Cecilia: Camino de Ortigueira*

2007

No puedo gritar. No puedo llorar. Tampoco quiero.

Vamos dejando atrás a ese Madrid bullicioso que nos despidе con lluvia, con truenos.

Vamos dejando atrás nuestra casa, nuestro hogar, el que percibe que a nuestro regreso no volveremos a ser los mismos. Alguien lo habrá abandonado.

Vamos dejando atrás las calles para adentrarnos en la autovía número seis, la que va al noroeste, hacia Galicia.

Como siempre a estas horas y más cuando llueve, se circula despacio, con precaución; los atascos no nos permiten avanzar con mayor rapidez. Hace frío. Cruje un rayo que me hace dar un respingo.

Un suspiro se me escapa. Dejo vagar la mirada por las líneas blancas de la carretera, por las señales de tráfico, por los coches que van y vienen, por los postes de la luz. Me recuesto en el reposacabezas del coche y la vista se va hacia el campo. La dirijo a las montañas, donde ya hay algunos picos, los más altos, vestidos con una fina capa blanca. La lluvia se va hacia el este despejando el camino. Contemplo el paisaje, miro las hojas que el aire silencioso hace flotar, bailar, caer lentamente, con sus tonos rojos y dorados. Se han dado por vencidas y forman un mullido colchón, un mosaico de colores sobre la tierra; en los árboles quedan otras de color verde, son las que luchan hasta el último momento por mantenerse en la enjuta rama...

Es el otoño en todo su esplendor. A lo lejos observo los tejados ocres de las casas, el silencioso campanario de una iglesia, el pináculo de la espadaña, los elaborados nidos de las cigüeñas, el pastor a cuestas con sus ovejas, el mugido de las vacas, los vivos olores que el viento trae.

Cierro los ojos. Me invade esa congoja que desde hace dos días vengo arrastrando. Mi madre se ha ido. Mi madre no va a regresar. Doblo una

y otra vez el pañuelo con la «J» bordada, reliquia de familia, con lentitud doy vueltas al anillo que dentro lleva la inscripción «P y E 1909», acaricio suavemente esos pendientes que nunca había llevado y que de ahora en adelante no me quitaré, beso el camafeo con la foto de cuatro generaciones, tres mujeres y una niña. Las mayores se han ido, sin estar enfermas, sin dolor alguno, sin dar trabajo, la víspera de sus noventa y cinco cumpleaños. Quedo yo.

Abro los ojos. Tengo ante mí muchos kilómetros por recorrer hasta Santa Marta de Ortigueira, mucho tiempo por delante, muchas horas para recordar. Me rebullo en el asiento, las imágenes se agolpan en mi cabeza. Son voces del pasado que me dan pellizcos de monja porque quieren que les preste atención, quieren que les escuche, quieren hablarme. Son voces que cuentan. Son voces que me conducen a mis raíces, a mi niñez, a lo que hoy soy. Me van empujando despacio hacia mis querencias. Me dejo llevar.

Abrazo con fuerza esa urna que despide un agradable e intenso olor a agua de violetas. Aspirando esa fragancia, lloro por dentro.

*Antón: Adiós a Espasante*

1868

La lluvia caía sobre las casas, sobre la playa, sobre sus hombros adolescentes. Poco a poco se fue formando una balsa de agua alrededor de sus pies. Ni cuenta se dio por estar diciendo adiós a ese mar que siempre logró sorprenderle con sus abundantes colores, sus ruidos, sus silencios.

El mismo mar que se llevó a su padre. En aquel entonces, tenía cinco años, y jugando con Ramón y Jacinto en la plaza, se formó un revuelo en la aldea. Tres días antes había salido a faenar con mal tiempo y no había regresado. Al amainar el temporal, Euquerio, el más viejo de los pescadores, fue buscando refuerzos de casa en casa y salieron con sus barcas a escudriñar las aguas. Regresaron con un remo y un cuerpo inerte, despellejado.

Los tres niños con el eco de lo sucedido corrieron hacia la orilla del mar. Ramón se fue con su madre, y Jacinto se acercó a la suya. Antón buscó con la mirada a su tía María, se colocó a su lado y tomó su mano. Temblaba; muy tenue, pero temblaba. El pequeño se asustó. Su tía no era de las que —por cualquier tontuna— se acobardaba.

Cada noche le cubría de besos, mas no eran besos corrientes, no. Eran besos con mucho ruido, con achuchones. Tal como a él le satisfacían, y un halo de tristeza se posó en sus ojos.

Tras el entierro de su padre, al regreso del cementerio, su tía, de pronto, se paró frente a la puerta, levantó los ojos al cielo y juró que el chico no se dedicaría a la mar. Carmen, su vecina, comentó:

—¿Qué remedio no le queda, María?

—No, ni uno más. Se acabó. Lo que es a este, el Cantábrico no me lo va a arrebatar.

Miró a sus ojos con intensidad y le pidió que jurara que nunca sería pescador.

—Lo juro —afirmó bajito.

Le abrazó con fuerza, lo separó, y muy seria, con el dedo índice pegado a su nariz, sentenció:

—Tú serás otra cosa. Lo que sea, pero otra cosa.

Durante estos años cuidó de él hasta hace una semana, en que murió, víctima de una debilidad pulmonar; así llamaba a la tuberculosis que padecía. Fue en la madrugada del diez de diciembre. Unas horas antes mejoró, hasta habló con los que permanecían en el dormitorio, y muy quedo pudo decirle a su sobrino que no había querido a nadie tanto como a él.

—Tranquilo —susurró—, te irá bien con mi hermana. Y recuerda que la mar... de lejos.

—Sí, tía —contestó el chaval con los ojos rojos puestos en el suelo.

El chico no conoció a su madre (murió de parto), y como su padre no se volvió a casar, fue su tía quien siempre estuvo a su lado. Por eso es ahora, a sus doce años recién cumplidos, cuando de verdad conoce lo que es ser y sentirse huérfano.

Hará cosa de seis meses, don Francisco quiso que entrase en el Seminario, allí se podría labrar un porvenir. Los domingos asistía a misa, era el mejor monaguillo. Ramón y Jacinto eran otra cuestión. El primero imitaba al cura con tal destreza que parecía mentira que la voz y los gestos fueran tan reales. A oídos del sacerdote llegaron los comentarios y se escondió tras una puerta para escucharle, el asombro fue mayúsculo y comentó con el maestro que «Dios surtía de barba a quien no tenía quijada». Jacinto, en cambio, no se entrometía con el cura; de quien se mofaba era de él.

—Que se burlen de uno, duele, y dan ganas de liarse a puñetazos.

—Pura animosidad —se le oía refunfuñar a María, intentando vencerle para que no les hiciera caso—. A esos... sus madres les han consentido demasiado, hartan de tanto cuchicheo durante la misa, moviéndose en las sillas, haciendo ruido con los pies, riendo por tonterías.

Él no, él era un buen rapaz. Gracias a que ella no le mal acostumbró, era respetuoso con los mayores y respondía en latín sin equivocarse. En cada misa el oficiante tenía que amonestar a los otros dos.

—Me da mucha vergüenza que me llamen torpe o que me riñan.

—Tú cumple con tu obligación sin rechistar, coloca el corporal, el cáliz, el cubre cáliz, la patena, las vinajeras, y deja reluciente la Custodia

frotándola con un paño —le sugería entretanto revisaba si las orejas le habían quedado limpias, y si no tenía piojos en la cabeza—. Así llegarás a ser un hombre de bien.

Con el visto bueno de su tía respecto al aseo, se fue corriendo en busca de Jacinto y Ramón; una cosa era estar regañados y haber jurado que ya no eran sus amigos, y otra muy distinta dejar de jugar con ellos.

La sonrisa se le dibujaba en el rostro viéndole correr con aquellas piernas que parecían patas de garza, y hablando con Carmen profería que desde bien pequeño había sido muy serio y muy callado.

—Habla más con los ojos que con la boca. ¿A que sí?

Su vecina asentía pensando que ese niño era muy maduro para su edad.

La tarde iba cayendo. La pelota, una tripa rellena de trapos en bastante mal estado después de tanto volar de uno a otro recibiendo abrazos y patadas, se recostó en un árbol esperando a que la dejaran en paz.

—En verdad no me importaría meterme a cura —se sinceraba con ellos sentado con los pies colgando en el abrevadero, al tiempo que tiraba briznas de hierba al camino.

Pero su tía, en el mismo momento en que don Francisco habló de ello, dijo sin alzar la voz, en un tono que no admitía réplica:

—¡Ni hablar!

Discutieron un buen rato, recordó Jacinto.

A los dos nadie les ganaba a porfiados. Al final el presbítero se avino a razones y decidieron escribir una carta a esa hermana que había emigrado, hacía tantos años, a Cuba. Lo mejor para su sobrino era que se fuese con ella. Siendo dos en la familia no iba a estar uno aquí y otro allá.

Gracias a tía Cristina, una vez al año, sin falta, recibían una remesa de dinero; primero llegaban reales y en el último envío, pesetas. Era la nueva moneda de España desde el diecinueve de octubre de ese año, les explicaba don Eulogio en clase.

Para los niños fue fácil, pero para los mayores era muy enrevesado. Las mujeres de la aldea seguían contando en reales. ¡Mira que se les había dicho que la peseta valía cuatro reales de Isabel II! No había manera, ellas seguían haciendo sus cuentas como siempre lo habían hecho.

—Hijo, me aclaro mejor con los reales que con las pesetas, no ves que si no lo llevo a reales no sé cuánto gasto, ni si me cobran de más —se quejó María, al recordarle que tenían una nueva moneda.

Cada vez que recibían un envío de dinero, el padre se ponía a silbar y arreglaba el tejado, era su manera de demostrar su contento; la tía iba a comprar ropa de abrigo que según ella hacía falta —«*o meu fillo no para de crecer*—, y por último retenía algo del peculio por si caían enfermos.

—Éramos ricos por unos meses —reflexionó en aquellas horas de tanto desasosiego. Saber quién era tía Cristina lo sabía; conocerla no.

Don Francisco se resignó a regañadientes a que la Iglesia perdiera a tan buen monaguillo y se hizo cargo de vender las pocas cosas de valor que había en aquella casa para pagar el entierro y parte del pasaje.

—Este hombre inspira respeto, pero en el fondo es muy buena persona —aclaró Carmen—. Algo cascarrabias, quizás.

El maestro y el párroco discutían por todo. Si uno pensaba de una manera, el otro de otra. También en el físico eran diferentes, el cura era como un barril y el profesor como un junco. Disfrutaban al jugar a las cartas hasta altas horas de la noche y en sus largos paseos por la orilla del mar.

El clérigo quiso regalarle un pantalón suyo de pana al chico, pero don Eulogio opinó:

—¡Quita, hombre! Con el calor que hace allí.

Guardó los pantalones. No habían pasado ni veinte minutos cuando le trajo una camisa de franela, insistiendo en que no hablara de ello con nadie y menos con el educador, que era «un sabidillas», que tenía que aprender a ser discreto, que mucho *falar* no era bueno. ¡Qué sabía el aprendiz de pedagogo si nunca había estado en esa isla!

—Mejor será sudar a que no tengas qué ponerte. *A roupa o que ten que ser é limpa.*

En muchas ocasiones su tía, mirando a don Francisco reiteraba que como buen cura se le veía orondo, ¡vamos!, de buen año. En cambio, para ver a Antón, tenía que pasar dos veces. La estatura sí que era la misma.

En su cumpleaños, nada más levantarse, María señalaba en la columna de la cocina, con una raya negra, lo que había crecido en ese año; luego, con un abrazo y una sonrisa triste y húmeda, decía en voz baja:

—Eres igualito a tu abuelo. ¡Parece mentira cuánto te le pareces!

La mujer del maestro le regaló un pantalón y una camisa que habían sido de su hijo. No es que hubiera dado un estirón y no le sirviese. No. Es que murió de calenturas. Fue una pena, porque tenía fama de ser buen estudiante; claro que para eso era hijo del maestro, aseguraban los aldeanos. Lloró al entregarle el paquete mientras su marido la confortaba:



—¡Mujer! A este es al que le hace falta.

Antón no cabía en sí de gozo al tener ropa de domingo y la muda vieja para la travesía. Lo que nunca. Iba a llegar a la «Tacita de Oro», como la llamaba María, con doble ajuar. Carmen le dijo que lo que quisiera darle el cura que lo aceptara, que ella se lo podía arreglar, y le había regalado unas alpargatas. Ya tenía dos pares. Eran planas y se ajustaban con cintas. Él a cambio le entregó unos zuecos de su tía, casi nuevos. Para allá le habían dicho que era mejor la alpargata, porque hacía buen tiempo.

Por un lado, se sentía contento, nunca había tenido dos pantalones a la vez; por otro, triste, su tía no le podía ver estrenando ropa vieja.

Volvió a casa mirando al suelo, por lo que tropezó con su tocayo. Era el cerdo que durante el año el pueblo alimentaba, para después ser rifado entre los vecinos. Antes sentía coraje de que se llamara como él. Ahora no le importaba. Llevaba una campana al cuello anunciando su presencia. Era el gran perdedor, aunque no lo sabía. Le dio unas palmadas en el lomo y el cerdo le gruñó. «Tranquilo, que te estoy diciendo adiós, querido gorrino».

Después del funeral el sacerdote puso una de sus grandes manos en su cabeza, y le rogó que se quedase para ponerle al corriente de lo que sucedía en la isla. Hablaron durante largo rato, bueno, el cura más que el monaguillo, en aquella sacristía en la que había muy poca luz y demasiado frío.

—Por la zona oriental de Cuba están en guerra —manifestó el sacerdote, sentándose con gran esfuerzo y con el semblante grave. Antón permaneció de pie.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar, dando saltos y frotándose los dedos para que no se le congelaran.

Sobre su abultada barriga, don Francisco juntó ambas manos como si fuera un purpurado en el cónclave a la espera del escrutinio.

—Pienso que como aquí las cosas han estado revueltas, con la marcha de Isabel II a Francia, pues allí aprovecharon la coyuntura —le señaló unas mantas. Al traerlas le dio una y se sentó a su lado envolviéndose con el cobertor—. Tú irás a la zona occidental, al otro extremo.

—¿No están contentos con nosotros?

Compartieron un poco de vino para entrar en calor. El párroco había leído en un periódico atrasado —lo trajo desde La Coruña un taciturno feligrés— que un tal Carlos Manuel de Céspedes, desde su ingenio azucarero «La Demajagua», había convocado a los cubanos para la lucha.

—Eso fue el diez de octubre de este año, lo sé porque el levantamiento tuvo lugar el mismo día del natalicio de Isabel II y pensé en aquel momento: ¡vaya regalo! ¡No gana para disgustos esta reina! La septembrina la exilia y Cuba se rebela. Ese hombre, el tal Céspedes, dio la libertad a sus esclavos y los incorporó a la contienda como soldados. También se leyó una Declaración de Independencia. El «Grito de Yara», lo llaman.

—¿Tendré que luchar? —preguntó con los ojos muy abiertos. Si su tía llegara a saber eso, vamos, le metía a cura antes de mandarle a la isla en guerra.

—No, hombre. Eso se termina antes de que te llamen a filas. Solo es una escaramuza.

Durante estas semanas estuvo viviendo en casa del maestro. Pasó con ellos Nochebuena y Navidad. Pretendían que engordase, le llenaban el plato e insistían en que repitiese. No se hacía de rogar, no.

En la sobremesa, don Eulogio se dedicó a instruirle acerca del descubrimiento de Colón, sus viajes, lo que había representado para España este hecho; que la zona de Pinar del Río es la que da al Golfo de México, que La Habana es la capital, que se llama así por el cacique Habanaguex.

Le contó lo que le había dicho don Francisco respecto a la rebelión.

¡Este cura! Y movió con tristeza la cabeza. Se sentó a su vera, y con mucha paciencia le aclaró que, para España, 1868 se había presentado como un año muy conflictivo. Entre el diecinueve de septiembre y el diez de octubre habían ocurrido tres sucesos muy importantes que no debían tomarse a la ligera. Calló. Antón se puso en pie al pensar que no iba hablar más, pero volvió al banco al ver que señalaba para el meñique la Gloriosa que hizo caer la monarquía española; el anular para el Grito de Lares con el que Puerto Rico inició su lucha por la independencia; y el del corazón para el Grito de Yara, la guerra por la independencia en Cuba.

—Entonces, ¿tendré que ir a la guerra?

—Eso es muy difícil de saber.

—Me preocupa no poder ver el mar.

—Lo verás, hijo, lo verás. Es una isla.

Le revolió el pelo. Nunca lo había hecho. Le recomendó que no perdiera la curiosidad por aprender, que leyese mucho, que no dejara de escribir.

—¡Pues claro que lo haré!

A él le debía andar preguntando lo que no le entraba en la sesera, gracias a él sabía leer de corrido, escribir una carta sin faltas de ortografía; así discurría sintiendo que a punto estaba de alejarse de cuanto quería, de todo lo conocido. Sentía muy adentro que su mundo se había vuelto boca abajo.

No volvería a ver a los amigos, la vaca, las gallinas, el mar, esa lluvia pertinaz que caía sobre la aldea y que le saturaba de melancolía.

No siempre era triste la lluvia; a veces, formaba parte de sus juegos inundándole de gozo, junto a Jacinto y Ramón salía a mojarse, a sabiendas de que al volver a casa tía María le iba a recibir con una buena regañina.

—¿Quién pagó lo que faltó para mi pasaje, don Eulogio?

—No te preocupes por eso.

Lo abrazó. El maestro, tomado por sorpresa, respondió al arrechucho y al poco le separó un tanto así, lo miró y volvió a abrazarle. Ahí terminó la conversación. Se le notaba al hombre que era incapaz de continuar hablando y se alejó a paso lento.

—¡No hay nadie como él! —dició contundente Jacinto—. No solo aprendemos las letras, los números y las cuatro reglas, también nos enseña cómo ordeñar, atender la huerta, pescar y arreglar los aparejos de pesca.

Tenía razón. A raíz de la muerte de su hermano, su tía había hecho limpieza general y regaló al maestro las cañas, carretes, anzuelos, plomos, nasas, todos los enseres. Así Antón no tendría tentaciones. El maestro aprovechó para darles clases prácticas a sus alumnos.

—Se me da bien tirar el anzuelo —sonreía recordando que su padre había sido un gran pescador, y él no iba a ser menos, aunque tuvo buen cuidado de no decirle nada a su tía.

—El saber hace que se le pierda el miedo al trabajo —decía en clase el querido maestro—. En cambio, el mar es otra cosa, no solo hay que saber navegar y pescar, también hay que respetar ese mundo azul, profundo, al adentrarnos en él.

Cada vez que se lo oía comentar, se le venía a la cabeza aquella tarde lluviosa en la que supo de verdad lo que era la muerte. De pequeño su tía contaba que a su madre unos angelitos se la habían llevado al cielo y a la hora de acostarse se arrodillaba al pie de la ventana, alzaba la cabeza buscando su estrella y compartía con ella lo que había hecho, lo que había comido, con quién había jugado. Luego con ella rezaba un Padrenuestro, un Avemaría y un Jesusito de mi vida... En cambio, a padre le enterraron en un agujero, en la tierra. No fue lo mismo.